

Creer a Dios

"Por tanto, oh varones, tened buen ánimo; porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho."
Los Hechos 27:25

"Es, pues, la fe, la sustancia de las cosas que se esperan, la demostración de lo que no se ve."
Hebreos 11:1

Artículos

Ambiciones Contrapuestas
La Fe y Sus Fundamentos
Pasos de Fe
El Dios Vivo y una Fe Viva
El Creer a Dios
Compromiso

Página

1
3
4
5
7
10

Kilómetros agotadores de arena desértica torturadora se interponían entre ellos y su hogar-prisión, otrora odiado. Durante meses, Dios los había alimentado con maná y los había guiado mediante señales sobrenaturales. Nunca un pueblo había sido tan bendecido. La paciencia y la bondad habían sembrado su camino a pesar de su inquieto deseo de algo distinto a la voluntad de Dios. Ahora había llegado el momento supremo de sus vidas. En los años de esclavitud, cuando el hierro se había clavado en su alma y el cruel latigazo del capataz quebrantaba el espíritu de esperanza, habían clamado a Dios, y sus gemidos inarticulados habían sido escuchados. Llegó la liberación; Dios intervino misericordiosamente. Siguieron con voluntad inquebrantable el camino que Él había elegido. La exuberancia de una victoria lograda por la mano de Dios les dio un impulso inicial que los llevó triunfalmente a superar sus primeros obstáculos. Pronto, sin embargo, lo sobrenatural dejó de ser milagroso, las intervenciones de Dios se convirtieron en meros acontecimientos cotidianos en su experiencia, y en su irreflexiva ingratitud magnificaron sus dificultades

Ambiciones Contrapuestas

«Volvamos a Egipto» (Números 14:4).

Las partes narrativas de la Biblia son históricamente ciertas. Son registros autenticados de los tratos divinos con individuos o naciones. Sin embargo, su importancia principal para nosotros no radica en las pruebas de que son declaraciones fiables y precisas (estas pruebas tienen un valor propio desde otro punto de vista), sino en el hecho de que encarnan e ilustran principios morales que rigen la vida en todas las generaciones. Tal es la actitud que los escritores del Nuevo Testamento adoptaron hacia las Escrituras del Antiguo Testamento, al declarar que «todo lo que se escribió en el pasado se escribió para nuestra enseñanza». Es la verdad eterna consagrada en ellas la que nos lleva a la conclusión de que están divinamente inspiradas. El pasaje del que se extrae nuestra meditación es una mina de instrucción para los peregrinos posteriores a través de otro desierto. Es una historia cargada de enseñanza alegórica.

Israel había llegado a un punto dramático en su historia. Hacía tiempo que habían dejado Egipto.

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

más allá de toda proporción. Un corazón ingrato siempre provoca una reacción desastrosa en la visión de la vida de quien lo posee y, tarde o temprano, provoca el desagrado de Dios. Así sucedió en el caso que nos ocupa.

Ahora se enfrentan a otra crisis. Se encuentran al borde del éxito tan largamente prometido. La tierra «donde mana leche y miel», la tierra de sus sueños y sus esperanzas, se extendía más allá de las colinas, invitándolos a entrar, pues Dios era su Líder y su Guía. Fracasaron, como tan a menudo fracasan los hombres en tales circunstancias, porque perdieron de vista a Dios y abandonaron la fe por la cautela humana; y cuando descubrieron que no estaban dispuestos a entrar y tomar posesión de la tierra sobre la que sus espías habían dado informes entusiastas, lloraron toda la noche. Los sentimientos intensos siempre brotan en algún tipo de expresión audible. En Egipto, la amargura de la esclavitud quedó plasmada en gemidos y llantos; más allá del Mar Rojo, la exultación de la victoria encontró su desahogo en un canto extasiado; y ahora, el dolor del autodescubrimiento se expresaba en una noche de llanto sin sentido e inútil. ¡Cuántas veces las lágrimas se abren surco tras surco en las mejillas humanas, no por arrepentimiento y dolor, sino por los reproches que nos lanzamos a nosotros mismos cuando descubrimos que, en el fondo, somos demasiado cobardes para dar el siguiente paso en el camino elegido por Dios!

Es interesante comparar Números 13 con Deuteronomio 1. La última narración indica que el envío de la partida de exploración fue el resultado de que Moisés accediera al deseo expresado por el pueblo, mientras que Números 13 afirma que Dios les ordenó tomar esa precaución. La explicación de la aparente contradicción es sencilla. Dios, conociendo la perversidad del corazón humano y su orgullo en su propia sabiduría, accedió al deseo y, con el fin de revelar la cobardía del pueblo, ordenó que se llevara a cabo el plan, originado en el temor de la nación. Su intención era evidentemente que, una vez presentado el informe, la sabiduría de la carne quedara en nada. La prudencia, como en este caso, camina siempre con cautela, delibera hasta llegar a un compromiso encubierto y recorre un camino inexplorado con paso vacilante y corazón tembloroso. La fe va tan lejos como alcanza a ver, y luego ve hasta dónde puede llegar. «Las grandes ocasiones», escribe otro, «no crean héroes ni cobardes, simplemente los revelan. Silenciosa e imperceptiblemente, mientras estamos despiertos o dormimos, crecemos y nos hacemos fuertes, crecemos y nos hacemos débiles; y al fin alguna crisis nos muestra en qué nos hemos convertido».

Los informes de los espías coincidían en todos los detalles, pero las deducciones de los diez eran erróneas. La naturaleza de las conclusiones de un

hombre sobre asuntos relacionados con Dios se revela en las reservas que pone cuando se enfrenta a una decisión llena de peligro. El «sin embargo» (Núm. 13, 28) es una revelación de la vacilación de la mente de la mayoría ante las dificultades asociadas con la consumación de sus esperanzas. No habían aprendido en todas sus experiencias en el desierto que «es mejor no ser nada que no ser noble».

Nuestra actitud ante la vida depende de la dirección en la que miremos. Algunas personas ven las circunstancias, es decir, las cosas mutables y materiales, y las confunden con hechos. En este caso, la mayoría profesó su temor a causa de lo que habían visto, para contrarrestar los alicientes de la tierra que se les ofrecía para entrar de inmediato. La verdad es que su inquietud y su inacción se debían a su falta de visión. Sus ojos físicos veían dificultades —ciudades amuralladas, gigantes, los hijos de Anac— y se sentían como langostas. Su vista espiritual estaba cegada. No veían a Dios, el único Hecho inmutable. Esa característica de su informe los diferencia de Caleb y Josué, y resume la naturaleza de las ambiciones contrapuestas. El alentador consejo de Caleb fue: «Subamos de inmediato»; la exigencia protestante del pueblo fue: «Volvamos a Egipto». ¿Acaso la yuxtaposición de deseos tan evidentemente opuestos por parte de miembros de la misma comunidad no es un doloroso recordatorio de que la neutralidad es imposible en una guerra espiritual? Nuestra mente está decidida o bien al progreso, o bien a una política de deriva hacia un estado anterior de servidumbre innoble. «De vuelta a Egipto» es la alternativa al avance inmediato.

De la declaración de Caleb surge una lección necesaria. La prontitud en la acción es el remedio para la desilusión. La retirada trae su propia recompensa. La debacle espiritual sobreviene, pues las acciones de retaguardia en la guerra contra enemigos despiadados no plantean una oposición permanente. El miedo siempre, y a propósito, exagera las dificultades. Temblamos ante nuevas exigencias a nuestra lealtad a los mandatos de Dios. La fe, por el contrario, da un paso adelante, tiene en cuenta la dificultad, la valora en su justa medida y, avanzando con confianza en los recursos divinos contra todos los enemigos, triunfa magníficamente.

La alternativa es alarmante por sus desastrosas implicaciones.

I. La fe fracasó porque transigió con las dificultades. El pueblo hizo caso omiso del valor de sus verdaderos líderes. Desestimó la guía de una Providencia incuestionable y mostró un decepcionante espíritu de incompetencia a pesar de los antecedentes de su pasado. El miedo disfrazado se hizo pasar por prudencia, lo que sugirió la misión de los espías para informar sobre las posibilidades de éxito en una invasión de la tierra. La desconfianza trajo el desastre y

puso en peligro a toda la nación. La historia de Israel habría sido menos ignominiosa si la marcha por el desierto hubiera terminado en una gloriosa ocupación de Canaán. Y más de un cristiano, enfrentado de la misma manera a un problema similar en el ámbito espiritual, ha optado por la inacción, lo que equivalía a declarar: «Volvamos a Egipto». La vergüenza y la confusión nos pertenecen a todos al repasar las desastrosas decisiones que hemos tomado como alternativas al avance inmediato hacia la victoria sobre enemigos mortales en la esfera moral.

II. El miedo triunfó porque sobreestimó a sus enemigos. Un fantasma insospechado se alzó en su camino, no los gigantes. Estos no fueron más que una ocasión para el descubrimiento del mayor adversario del pueblo. La teoría moderna de la relatividad operó en este incidente en un ámbito más que físico. Los enemigos son grandes cuando nosotros mismos nos sentimos pequeños, y nos sentimos pequeños cuando ponemos nuestra confianza en el brazo de la carne. El «complejo de inferioridad» puede ser una expresión favorita de los psicólogos modernos, pero la experiencia para la que se acuñó el término es muy antigua. Aquí se ve cómo actúa en el corazón de casi toda una nación, llevándola a una retirada ignominiosa.

III. El olvido se debe a menudo a un pensamiento descuidado. ¡Cuán revelador es el grito: «De vuelta a Egipto»! Era la exigencia de un pueblo que amaba la esclavitud más que la euforia del avance hacia una conquista segura. ¿Acaso el pueblo había olvidado el camino de vuelta —a través de un árido desierto? ¿No recordaban las amargas experiencias de la servidumbre en la tierra de los faraones? ¡Sin duda se habían olvidado de pensar! Un momento de reflexión habría puesto fin abruptamente a su vil propuesta. En realidad, no pensaban en serio lo que exigían. Tampoco nosotros, en momentos de decisiones equivocadas, cuando nos sentimos contrarios por algún revés a nuestras ambiciones más preciadas; pero la disposición de la mente revela la tendencia del deseo. La mejor manera de escapar del amor por «Egipto» es recordar las crueles imposiciones espirituales que allí se soportaron. «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo», aconseja Juan.

seamos capaces de dar en nuestro corazón a esta pregunta. Quizás la explicación más sencilla de lo que es la fe nos la proporcionan las obras del apóstol Pablo, pronunciadas en medio de la violenta tormenta que le sobrevino en su viaje a Roma. Las circunstancias eran de lo más angustiosas. Durante varios días, la embarcación en la que navegaba había sido zarandeada en el Adriático, con todas las perspectivas de naufragio total. Cuando sus compañeros de viaje estaban al borde de la desesperación, les transmitió el sencillo mensaje que le había comunicado un ángel de Dios: que no se perdería ni una sola vida de las 276 que había a bordo, y añadió: «Por tanto, señores, tened buen ánimo, pues yo creo en Dios que será tal como se me ha dicho» (Hechos 27:25).

Aquí tenemos todo el secreto de la fe: «Creo en Dios». El primer hombre y su mujer perdieron la confianza en su Creador cuando estaban en el jardín, prefiriendo más bien dar crédito a la palabra de la Serpiente; desde entonces ha sido habitual en el hombre desconfiar y no creer en su Dios. La fe es el retorno del alma a la confianza original del hombre en su Creador.

¿Podrá ser oída hoy la voz de Dios por aquellos que desean escucharla? Sin duda alguna. ¿Es concebible que un Ser de amor y bondad insondables dejara a la vasta familia humana sin alguna luz con la que iluminar su oscuridad? La idea es antinatural e imposible. ¿Dónde, entonces, puede oírse la voz divina? En las Escrituras, que son «inspiradas por Dios», como aseguró Pablo a su hijo Timoteo hace mucho tiempo. Apreciemos, pues, la confianza en los escritos sagrados, aceptándolos como la Palabra misma de Dios. Si renunciamos a ellos, todo se pierde; nos quedamos entonces sin carta de navegación ni timón con los que trazar nuestra trayectoria a través de las complejidades del mundo actual. Además, si nos negamos a escuchar las Escrituras, ¿a dónde acudiremos en busca de luz sobre el insondable más allá?

El archienemigo sabe bien dónde está la clave de la situación; de ahí sus persistentes esfuerzos a lo largo de todos los tiempos por arrebatarnos las Escrituras de las manos humanas. Sus tácticas cambian con los tiempos; en una época incitando a las autoridades seculares a una epidemia de quema de Biblias, en otra llenando la atmósfera religiosa de críticas impías. Pero sean cuales sean las tácticas, el objetivo es siempre el mismo: destruir tanto la fe como aquello en lo que la fe se apoya.

«Señores, yo creo en Dios». En el Libro me habla de mis pecados, humillándose así hasta el polvo. Como fiel centinela, me advierte, en escritos que nunca engañan, cuáles serán las consecuencias del pecado si se persigue y se ama. Más aún, y mejor que todo, me revela un corazón de infinito afecto, que no se

La Fe y sus Fundamentos

W.W. Fereday

En tiempos de agitación y duda, como los actuales, la pregunta es de suma importancia para todos nosotros: ¿qué es la fe? Mucho depende, tanto para el presente como para el futuro, de la respuesta que

detuvo ni siquiera ante el sacrificio de su propio y amado Hijo, para que los hombres pecadores pudieran, sobre una base perfectamente justa, ser salvos y bendecidos por los siglos de los siglos. ¡Sin duda, un Dios así es digno de toda la confianza y el amor de mi corazón!

Pasos de Fe

(Rom. 4:12)

Tom Gracey

«Assembly Testimony», nov./dic. de 2025

Abraham es un ejemplo destacado de los hombres de fe. Es cierto que falló en varias ocasiones; por ejemplo, se detuvo antes de cumplir la voluntad de Dios y se quedó en Harán (Génesis 11:31); cuando fue puesto a prueba, bajó a Egipto (Génesis 12:10); y, junto con Sara, intentó lograr el cumplimiento de las promesas de Dios mediante artimañas carnales.

Estos tres ejemplos de la vida de Abraham deberían decirnos mucho a cada uno de nosotros mientras buscamos seguir el camino de la fe. Cuánto nos hemos parecido a él: en primer lugar, al quedarnos cortos respecto a la revelación divina; en segundo lugar, al ir más allá de ella; y en tercer lugar, al actuar según la carne cuando deberíamos quedarnos quietos y ver la salvación del Señor.

Sin embargo, aunque hay fallos ocasionales en la vida de este gran gigante de la fe, en general su camino fue de obediencia a la voluntad revelada de Dios. Consideraremos ahora sus pasos de fe, y ojalá procuremos imitarlos en los días venideros.

(1) La fe salvadora — Rom. 4:12

La justificación por la fe es el tema de esa sección de Romanos, que comienza en el cap. 3:21 y termina en el cap. 5:11. El cap. 3:20 declara que la justificación no se puede obtener por las obras de la ley, y los versículos 21-22 nos presentan una justicia provista por Dios, que se apropia por la fe. El escritor inspirado, en el versículo 21, afirma con valentía que su doctrina está en armonía con la de Moisés y los profetas, y en el capítulo 4 respalda su afirmación con citas de ambos. Así, en el capítulo 4:3 leemos acerca de Abraham: «Creyó a Dios, y le fue contado por justicia». Esta Escritura deja claro que, mediante un simple acto de fe, Abraham fue justificado ante Dios o, en lenguaje del Nuevo Testamento, fue «convertido», el primer paso esencial para la vida de fe que siguió.

(2) La fe que separa — Heb. 11:8

En conjunción con este paso y en obediencia al llamado de Dios, Abraham salió, sin saber adónde iba. Podríamos señalar algunas otras apariciones de la palabra griega, traducida en nuestro texto al inglés como «salió». Por ejemplo, en 2 Cor. 6:17, en relación con el templo pagano, el apóstol dice: «Salid», y, a modo de énfasis, añade: «Apartaos y no toquéis lo inmundo». A esto le sigue la promesa de Dios de recibir y ser un Padre para todos los que obedecen, enseñándonos que Dios mismo está fuera de ello. Por otra parte, en Hebreos 3:16 leemos acerca de Israel: «Sin embargo, no todos salieron de Egipto por medio de Moisés». Aquí tenemos una nación separada de Egipto con el Mar Rojo de por medio, lo que los convierte también en un pueblo distinto y separado. Por último, en Hebreos 13:13, se traduce «salid», siendo este caso el llamamiento de los creyentes hebreos a la separación de un sistema religioso que había sido repudiado por Dios, hacia la persona de nuestro Señor rechazado. Abraham «salió» para no volver jamás, y también deseaba que su hijo Isaac siguiera sus pasos, como se ve claramente en la instrucción dada a su siervo en Génesis 24:6: «Solo no traigas a mi hijo de vuelta allí».

(3) Fe perseverante — Hebreos 11:9, 10

El lenguaje utilizado en Hebreos 11:9 sugiere muy claramente que Abraham vivía con indiferencia respecto a las cosas temporales y no se permitía interesarse indebidamente en los asuntos temporales. En la tierra prometida era un extranjero que habitaba en una tienda, al igual que sus descendientes, Isaac y Jacob. El versículo 10 nos da la fuente de fortaleza que le permitió llevar tal vida: «Esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios». Así, Abraham, al igual que otros de los valientes de nuestro capítulo, con la mirada fija en el futuro, fue sostenido y capacitado para vivir para Dios.

(4) Fe de entrega — Heb. 11:17

El gran clímax de la fe de Abraham se ve ahora en el versículo 17, donde el Señor le da crédito por ofrecerle a su único hijo. ¡Qué sacrificio para el hombre de fe! La palabra del Señor para él fue: «Toma ahora a tu hijo, a tu único hijo, a Isaac, a quien amas». Abraham tenía la plena intención de ofrecer a Isaac, contando con que Dios era capaz de resucitarlo para cumplir la promesa hecha anteriormente: «En Isaac será llamada tu descendencia», Génesis 21:12, como aprenderemos en Génesis 22:5 y Hebreos 11:19.

(5) La fe que se manifiesta por sí misma — Santiago 2:14-26

En esta parte de las Escrituras, el complemento de la fe son las obras. Son gemelos inseparables que deben ir siempre de la mano. Los versículos 14-17 muestran la

inutilidad de las palabras amables cuando no van acompañadas de actos de gracia. En el versículo siguiente nos enfrentamos a la imposibilidad de mostrar nuestra fe al margen de las obras, utilizándose la figura del espíritu y el cuerpo en el versículo 26 para transmitir la estrecha conexión entre ambos. En los versículos 21-24, Santiago cita a Abraham como ejemplo de la verdadera fe, es decir, la fe acompañada de obras, cuando ofreció a Isaac. «¿Ves cómo la fe actuaba con sus obras, y por las obras la fe fue perfeccionada?» Su fe no era pasiva, sino activa, y le impulsaba a llevar a cabo la voluntad divina.

Una vida de fe así no podía sino tener resultados permanentes y de gran alcance, y quisiéramos llamar la atención sobre algunos de ellos. En 1 Pedro 3:6 leemos: «Así como Sara obedeció a Abraham llamándole “Señor”, lo que sugiere su respeto por su marido y su sumisión a su autoridad». En Génesis 23:6, los impíos hijos de Het se dirigen a él como «príncipe de Dios». El hombre apartado del versículo 4, evidentemente, se ha ganado, por su devoción al Señor, el respeto de los mundanos que le rodean. Esto contrasta, sin duda, de manera llamativa con Lot, el hombre de compromiso, en Génesis 19:14. Por último, observamos que en tres ocasiones en las Escrituras se designa a Abraham como «el amigo de Dios». Este título se menciona en la oración de Josafat —2 Crón. 20:7— y es confirmado posteriormente por Dios el Espíritu Santo en Isaías 41:8 y Santiago 2:23. Así, Abraham, que recorrió el camino de la fe en el Dios vivo y se sometió humildemente a Su Palabra, se convirtió en un poderoso testimonio, no solo en el hogar, sino en el mundo. Por encima de todo, ganó ese lugar de afecto e intimidad con el Todopoderoso, algo que muy pocos otros podían afirmar.

Sin duda, tales resultados deberían inspirarnos a nosotros, los hijos espirituales de Abraham, a seguir sus pasos y, con los ojos fijos por la fe en el Eterno, buscar someternos y apartarnos para Él, «quien nos amó y se entregó por nosotros», sabiendo que, si lo hacemos, seremos, en cierta medida, un testimonio para quienes nos rodean y, sobre todo, llegaremos a un conocimiento más profundo de Dios mismo.

El Dios Vivo y una Fe Viva

C. H. Mackintosh

Hay un gran hecho sustancial que destaca en cada página del libro de Dios y que se ilustra en cada etapa de la historia del pueblo de Dios: un hecho de inmenso peso y poder moral en todo momento, pero

especialmente en épocas de oscuridad, dificultad y desánimo, provocadas por la mala situación de las cosas entre aquellos que profesan estar del lado del Señor. El hecho es este: que la fe siempre puede contar con Dios, y Dios siempre responderá a la fe.

Tal es nuestro hecho, tal nuestra tesis; y si el lector nos acompaña, por unos momentos, a 2 Crónicas 20, encontrará una ilustración muy hermosa y muy llamativa. Este capítulo nos muestra al buen rey Josafat bajo una presión realmente muy grande; registra un momento oscuro en su historia. «Aconteció también después de esto que los hijos de Moab y los hijos de Amón, y con ellos otros además de los amonitas, vinieron contra Josafat a la batalla. Entonces» (pues la gente siempre se apresura a correr con malas noticias) «vinieron algunos que le dijeron a Josafat, diciendo: “Viene contra ti una gran multitud desde más allá del mar, por este lado de Siria”» (versículo 2).

Se trataba de una dificultad fuera de lo común. Este ejército invasor estaba compuesto por los descendientes de Lot y de Esaú; y este hecho podía dar lugar a mil pensamientos contradictorios y preguntas inquietantes en la mente de Josafat. No eran egipcios ni asirios, respecto a quienes no cabía duda alguna; pero tanto Esaú como Lot tenían ciertas relaciones con Israel, y podía plantearse la cuestión de hasta qué punto debían reconocerse tales relaciones.

Y no solo eso. La situación práctica de toda la nación de Israel, la condición real del pueblo de Dios, era tal que daba lugar a los más serios celos. Israel ya no presentaba un frente inquebrantable ante el enemigo invasor. Su unidad visible había desaparecido. Se había producido una grave brecha en sus murallas. Las diez tribus y las dos estaban separadas, unas de otras. La situación de las primeras era terrible, y la de las segundas, bastante precaria. Así, las circunstancias del rey Josafat eran oscuras y desalentadoras en extremo; e incluso en lo que a él mismo y a su trayectoria práctica se refería, apenas estaba saliendo de las consecuencias de una caída muy humillante, de modo que sus recuerdos serían tan sombríos como su entorno.

Pero es precisamente aquí donde nuestro gran hecho fundamental se presenta a la visión de la fe y arroja un manto de luz sobre toda la escena. Sin duda, las cosas parecían sombrías; pero se podía contar con Dios por la fe, y la fe podía contar con Él. Dios es un recurso que nunca falla, una gran realidad, en todo momento y bajo todas las circunstancias. «Dios es nuestro refugio y nuestra fortaleza, un socorro siempre presente en la angustia. Por eso no temeremos, aunque la tierra sea removida, y aunque las montañas sean llevadas al medio del mar. Aunque sus aguas rugen y se agitan, aunque las montañas tiemblen por su oleaje. Hay un río, cuya corriente alegrará la ciudad de Dios, el lugar santo de las tiendas del Altísimo. Dios está en medio de ella; no será conmovida; Dios la

socorrerá, y desde la madrugada. Las naciones se enfurecieron, los reinos se conmovieron; Él alzó Su voz, y la tierra se derribó. El Señor de los ejércitos está con nosotros; el Dios de Jacob es nuestro refugio» (Salmo 46:1-7).

He aquí, pues, el recurso de Josafat en el día de su angustia; y a él acudió de inmediato, con esa fe ferviente que nunca deja de atraer el poder y la bendición del Dios vivo y verdadero, para hacer frente a toda exigencia del camino. «Y Josafat tuvo temor, y se dispuso a buscar al Señor, y proclamó un ayuno en todo Judá. Y Judá se reunió para pedir ayuda al Señor; incluso de todas las ciudades de Judá vinieron a buscar al Señor. Josafat se presentó ante la congregación de Judá y Jerusalén, en la casa del Señor, frente al atrio nuevo, y dijo: «Oh Señor, Dios de nuestros padres, ¿no eres tú Dios en los cielos? ¿No gobiernas tú sobre todos los reinos de las naciones? ¿No está en tu mano el poder y la fuerza, de modo que nadie puede resistirte? ¿No eres tú nuestro Dios, que expulsaste a los habitantes de esta tierra delante de tu pueblo Israel, y la diste para siempre a la descendencia de Abraham, tu amigo?» (2 Crónicas 20:3-7).

Estas son las exhalaciones de la fe, la fe que permite al alma alcanzar la posición más elevada posible. No importaba qué cuestiones sin resolver pudiera haber entre Esaú y Jacob; no había ninguna entre Abraham y el Dios Todopoderoso. Ahora bien, Dios había dado la tierra a Abraham, su amigo. ¿Por cuánto tiempo? Para siempre. Esto era suficiente. «Los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables» (Romanos 11:29). Dios nunca anulará Su llamamiento ni retirará un don. Este es un principio fundamental inamovible; y sobre él la fe siempre se mantiene con firme decisión.

El enemigo podría lanzar mil sugerencias; y el pobre corazón podría esgrimir mil razonamientos. Podría parecer presuntuoso y vanidoso, por parte de Josafat, plantar su pie en un terreno tan elevado. Todo estaba bien en los días de David, o de Salomón, o de Josué, cuando la unidad de la nación era inquebrantable y el estandarte de Jehová ondeaba triunfante sobre las doce tribus de Israel. Pero las cosas habían cambiado tristemente; y no convenía en las circunstancias de Josafat usar un lenguaje tan elevado ni pretender ocupar una posición tan alta.

¿Cuál es la respuesta de la fe a todo esto? Una muy sencilla, pero muy poderosa: Dios nunca cambia. Él es el mismo ayer, hoy y por los siglos. ¿Acaso no le había hecho a Abraham un regalo de la tierra de Canaán? ¿Acaso no se la había concedido a su descendencia para siempre? ¿Acaso no había ratificado el regalo con su palabra y su juramento, esas dos cosas inmutables en las que le era imposible mentir? Sin duda alguna.

Pero entonces, ¿qué hay de la ley? ¿No supuso eso alguna diferencia? Ninguna en absoluto, en lo que respecta al regalo y la promesa de Dios. Cuatro siglos antes de la entrega de la ley, el gran acuerdo ya estaba sellado y establecido entre el Dios Todopoderoso y Abraham, su amigo, sellado y establecido para siempre. Por lo tanto, nada puede alterar esto. No se le propusieron condiciones legales a Abraham. Todo fue pura y absoluta gracia. Dios le dio la tierra a Abraham por promesa, y no por ley, en ninguna forma ni manera.

Ahora bien, fue sobre este fundamento original sobre el que Josafat se apoyó; y tenía razón. Era lo único que podía hacer. No tenía ni un ápice de terreno firme en qué apoyarse, salvo estas palabras de oro: «Tú se la diste a la descendencia de Abraham, tu amigo, para siempre». Era esto o nada. Una fe viva siempre se aferra al Dios vivo. No puede detenerse antes de llegar a Él. No mira a los hombres ni a sus circunstancias. No tiene en cuenta los cambios y las vicisitudes de esta vida mortal. Vive, se mueve y tiene su ser en la presencia del Dios vivo; se regocija en la luz del sol sin nubes de su bendito rostro. Lleva a cabo todos sus razonamientos sencillos en el santuario y saca todas sus felices conclusiones de los hechos descubiertos allí. No rebaja el nivel según la condición de las cosas que la rodean, sino que, con valentía y decisión, toma su posición en el terreno más elevado.

Ahora bien, estas manifestaciones de fe son siempre muy agradables al corazón de Dios. El Dios vivo se deleita en una fe viva. Podemos estar completamente seguros de que cuanto más audaz es el agarre de la fe, más bienvenida es para Dios. No debemos suponer jamás que el Bendito se vea gratificado o glorificado por las obras de una mente legalista. No; Él se deleita en que se confíe en Él sin sombra de reserva o recelo. Se deleita en que se cuente plenamente con Él y se le utilice ampliamente; y cuanto más profunda es la necesidad, y más oscura la penumbra circundante, más es glorificado por la fe que recurre a Él.

Por lo tanto, podemos afirmar con plena confianza que la actitud y las palabras de Josafat, en la escena que tenemos ante nosotros, estaban en plena consonancia con la mente de Dios. Hay algo perfectamente hermoso en verlo, por así decirlo, abrir el contrato original y señalar con el dedo aquella cláusula en virtud de la cual Israel era arrendatario para siempre bajo Dios. Nada podía anular esa cláusula ni romper ese contrato. No había ningún defecto. Todo estaba ordenado y seguro. «Tú se lo diste a la descendencia de Abraham, tu amigo, para siempre» (versículo 7).

Este era un terreno firme, el terreno de Dios, el terreno de la fe, que ningún poder del enemigo puede sacudir jamás. Es cierto que el enemigo podría recordar a Josafat el pecado y la necedad, el fracaso y

la infidelidad. Es más, podría sugerirle que el mero hecho de la invasión amenazada demostraba que Israel había caído, pues de no haberlo hecho, no habría ni enemigo ni mal.

Pero también para esto la gracia había provisto una respuesta, una respuesta que la fe sabía bien cómo hacer suya. Josafat le recuerda a Jehová la casa que Salomón había construido en su nombre. «Te han construido allí un santuario para tu nombre, diciendo: Si nos sobreviene el mal, como espada, juicio, pestilencia o hambre, nos presentaremos ante esta casa y en tu presencia (pues tu nombre está en esta casa), y clamaremos a ti en nuestra aflicción, entonces tú oirás y nos ayudarás. Y ahora, he aquí a los hijos de Amón, de Moab y del monte Seir, a quienes no permitiste que Israel invadiera cuando salieron de la tierra de Egipto, sino que se apartaron de ellos y no los destruyeron. He aquí, digo, cómo nos pagan, viniendo a echarnos de Tu posesión, que Tú nos has dado en herencia. Oh Dios nuestro, ¿no los juzgarás? Porque no tenemos fuerzas contra esta gran multitud que viene contra nosotros; ni sabemos qué hacer, pero nuestros ojos están puestos en Ti» (versículos 8-12).

Aquí, verdaderamente, hay una fe viva que trata con el Dios vivo. No es una mera profesión vacía, ni un credo sin vida, ni una teoría fría e ineficaz. No es un hombre «diciendo que tiene fe». Tales cosas nunca resistirán en el día de la batalla. Pueden servir bastante bien cuando todo está en calma, tranquilo y luminoso; pero cuando hay que enfrentarse a las dificultades, cuando hay que encontrarse cara a cara con el enemigo, toda fe meramente nominal, toda mera profesión de labios, resultará como hojas de otoño ante el vendaval. Nada resistirá la prueba del conflicto real salvo una fe viva y personal en un Dios Salvador vivo y personal. Esto es lo que se necesita. Solo esto puede sostener el corazón, pase lo que pase. La fe trae a Dios a la escena, y todo es fuerza, victoria y paz perfecta.

Así sucedió con el rey de Judá, en los días de 2 Crónicas 20. «No tenemos fuerzas, ni sabemos qué hacer; pero nuestros ojos están puestos en ti» (versículo 12). Esta es la manera de ocupar el terreno de Dios, con los ojos fijos en Dios mismo. Este es el verdadero secreto de la estabilidad y la paz. El diablo no dejará piedra sin remover para expulsarnos del terreno verdadero que, como cristianos, debemos ocupar en estos últimos días; y nosotros, por nosotros mismos, no tenemos poder alguno contra él. Nuestro único recurso está en el Dios vivo. Si nuestros ojos están puestos en Él, nada puede hacernos daño. «Tú le mantendrás en perfecta paz, a quien su mente está fija en ti, porque confía en ti» (Isaías 26:3).

¿Te encuentras en terreno divino? ¿Puedes afirmar «Así dice el Señor» respecto a la posición que ocupas en este momento? ¿Te mantienes conscientemente sobre el terreno firme de las Sagradas Escrituras? ¿Hay algo cuestionable en tu entorno y en

tus relaciones? Te rogamos que sopeses estas preguntas con solemnidad, como si estuvieras en presencia divina. Ten por seguro que ahora mismo son de vital importancia. Estamos atravesando momentos críticos. Los hombres están tomando partido; los principios están en juego y llegan a un punto crítico. Nunca ha sido más necesario estar completa e inequívocamente del lado del Señor.

Creer a Dios

Joel Portman

Los cristianos a menudo se preguntan cómo los creyentes eran «salvados», o mejor dicho, cómo eran declarados justos por Dios antes de Cristo. Pueden pensar que era esencial guardar la ley, o que se requería ofrecer sacrificios. La pregunta es: ¿qué fundamentos podrían existir, y si había alguna diferencia entre el gozo de su posición de justicia ante Dios y el nuestro?

Se plantea otra pregunta: «¿Disfrutaban esos creyentes de seguridad eterna, ya que el Espíritu Santo no moraba en ellos como es el caso en esta dispensación?». Y luego: «¿Qué papel desempeñaban la ley y los sacrificios con respecto a su posición de justicia ante Dios?». Todas estas son cuestiones importantes que hay que comprender, y debemos buscar respuestas a ellas.

Los teólogos reformados sostienen que la redención del hombre y la victoria definitiva de Dios sobre el pecado y su poder son los elementos unificadores de las Escrituras. Enseñan que la salvación del hombre es por gracia mediante la fe, pero tampoco logran separar los requisitos de la ley del camino de santificación de Dios, y enseñan que los requisitos de la ley, aparte de los aspectos ceremoniales, también se aplican a los creyentes de hoy. Quienes sostienen una interpretación dispensacionalista de las Escrituras enseñan que el principio unificador de la palabra de Dios es que todo lo que Él hace es para su gloria, que incluso la salvación del hombre es solo un aspecto que realza su gloria. Como tal, la ley fue introducida con propósitos que anticipaban la expresión de la gracia de Dios para salvar almas al margen de cualquier obra. Sin embargo, ¿cuál es la base de cómo una persona

puede recibir los benditos resultados de la gracia de Dios? ¿Hubo alguna diferencia en los tiempos del Antiguo Testamento en comparación con la actualidad?

Creyeron a Dios

El principio por el cual el hombre pecador puede ser declarado justo por un Dios santo se expresó claramente en Génesis 15:5, cuando el Señor le mostró a Abram el cielo estrellado y le prometió a un hombre (Abram) que no tenía hijos que sus descendientes serían tan numerosos como las estrellas. Como se cita tres veces en el Nuevo Testamento: «Abraham creyó a Dios» (Romanos 4:3, Gálatas 3:6, Santiago 2:23). La base de esta grandiosa declaración de su justicia no dependía de sus obras, pues le era imposible producir ningún cambio en cuanto a tener hijos con Sara. No fue a través de la circuncisión, ya que ese fue un acto posterior, que demostró su compromiso con el pacto que Dios había hecho. No dependía de la obediencia a la ley, ya que la ley no fue dada hasta 430 años después (Gálatas 3:17). Simplemente creyó en Dios a pesar de todas las evidencias en contra y sin indicios externos que lo corroboraran. Ese principio prevalece a lo largo de toda la historia del hombre y debe regir todas sus relaciones con Dios. Es el requisito para que cualquier persona sea declarada justa ante Dios.

Abram fue declarado justo sin que se mencionara ningún pecado u otro asunto. Además, ese evento precedió a la circuncisión y a la ley. Pablo presenta otro ejemplo en Rom. 4, el de David. El caso de David implicaba pecado, y bajo la ley no había disposición para su perdón. Su adulterio y el posterior asesinato de Urías exigían que fuera apedreado o condenado a muerte. Por supuesto, siendo rey, ¿quién llevaría a cabo ese juicio? Así que David, durante un tiempo, soportó las acusaciones internas de su conciencia (Sal. 32:4, 51:3) y la certeza de que no podía disfrutar de la comunión con su Dios (Sal. 32, 51). No podía ofrecer un sacrificio, o lo habría hecho (Sal. 51:16-17). No fue hasta que llegó Natán y David confesó su pecado honesta y públicamente que David recibió el perdón de Dios (2 Sam. 12:7-13). El perdón no se obtuvo mediante la ofrenda de un sacrificio ni ningún otro acto, ya que la ley no contemplaba disposiciones para esos pecados. Simplemente creyó en Dios y, como resultado, pudo continuar en su cargo oficial como rey y disfrutar de una comunión renovada con Dios. El niño murió a causa de ese acto pecaminoso, pero David pudo volver a adorar en el templo (2 Sam. 12:20).

Génesis 15 no fue la primera vez que Abram, o cualquier otra persona, creyó en Dios, pero ilustra y deja claro lo que significaba hacerlo. Adán y Eva creyeron en Dios en el jardín después de haber pecado. Adán creyó en la Palabra de Dios con respecto a la «simiente de la mujer» y la llamó «Eva» (dadora de vida), ya que creyó lo que Dios le había declarado a la

serpiente. Ella llamó a su primogénito «Caín» (adquirido), en vista de su creencia de que él era la Simiente que aplastaría la cabeza de la serpiente. Lamentablemente, se equivocó, pero su acto fue su respuesta a la declaración del Señor. Tras su fe expresada en Dios en Génesis 3:20, el Señor Dios vistió a la pareja culpable con pieles de animales, un acto que tipifica la cobertura efectiva de un pecador que cree que Dios le imputa los resultados de la obra sacrificial de Cristo.

Noé construyó el arca y se confió a sí mismo y a su familia, así como a los animales que respiran aire, a su seguridad porque Dios así lo había dicho. Y todo el relato de los hombres y mujeres creyentes del Antiguo Testamento que leemos en Hebreos 11 describe a aquellos que creyeron en Dios. No hay mención de la ley ni de los sacrificios (aparte de la Pascua en 11:28) en todo ese capítulo. Fueron señalados por Dios como aquellos que creyeron en Él.

Así que el principio prevalece a lo largo de toda la Biblia. Dios siempre está buscando a quienes crean en Él, que confíen en Él, en Su carácter, en Su Palabra, en Sus propósitos y en Sus veredictos. Aquellos que creyeron en Dios llegaron a un punto en sus corazones en el que lo único que les importaba era lo que Dios decía. Creyeron en Su veredicto y aceptaron que su pecado merecía Su juicio. Creyeron y dependieron de lo que Él había hecho o haría. En resumen, simplemente creyeron en Dios a pesar de las apariencias o las opiniones de los hombres. Dios fue honrado por ello, y Él también los honró (1 Sam. 2:30). Ese principio prevalece hoy y se expresa en los corazones y la respuesta de los creyentes en Cristo.

Parece claro que aquellos que creyeron en Dios disfrutaron de seguridad eterna. Su fe no era simplemente una cuestión de «decirlo», sino que era el resultado de descansar verdaderamente en lo que Dios les había revelado fielmente. Esa fe era el resultado de una convicción que el Espíritu Santo había hecho real en sus corazones. La fe genuina no es una respuesta trivial; es una convicción profunda que cambia la vida y que perdura. Por supuesto, todas las actividades de Dios con los hombres de esta manera requieren la obra del Espíritu para producir este tipo de convicción en el corazón. Su seguridad, así como la nuestra, no dependía de Su morada en ellos. Esa es la característica de los creyentes en la era actual que está vinculada a su inclusión en el cuerpo de Cristo. Cuando David temió que el Espíritu Santo le fuera quitado a causa de su pecado (Sal. 51:11), fue porque el Espíritu que había descendido sobre él cuando fue ungido (1 Sam. 16:13) era esencial para su capacidad de gobernar y guiar al pueblo de Dios de manera espiritual y justa. Sin eso, se habría convertido en alguien como Saúl, y temía esa posibilidad.

Se podría argumentar que Ezequiel 3 y Ezequiel 18 describen a hombres justos que se

apartan de su justicia y se vuelven malvados. Para este escritor es evidente que el profeta está describiendo a aquellos que mostraban una justicia exterior que dependía de su conformidad con la ley y los requisitos del pacto, pero que no era una obra espiritual que se hubiera forjado en sus corazones. Sin duda, había muchos en Israel que encajaban en esa descripción y, en ese contexto, el profeta está describiendo a hombres reales, incluso reyes, que tenían influencia en Judea.

¿En qué Creían?

A veces se afirma que creían en la promesa de Dios del Mesías, o que creían que los sacrificios apuntaban hacia el de Cristo en la cruz. Quizás sea así, y podría ser que algunos más iluminados durante esa época lo hicieran, al menos en algunos casos. Pero es más seguro decir que creían en lo que Dios les revelaba. El hombre nunca es responsable de creer en lo que se le ha ocultado, a menos que Dios lo haya mandado. Los mencionados en Hebreos 11 creyeron en la Palabra de Dios y respondieron a ella. Su fe se caracterizó (como siempre) por su obediencia a esa palabra. Sabemos en qué creía Abram, y sabemos en qué creían Noé y otros, y ellos demostraron su justificación por lo que hicieron (Santiago 2:21). Sobre la base de su fe en Dios, fueron considerados justos.

En esta dispensación, tenemos la responsabilidad de creer todo lo que Dios ha revelado en Su Palabra. El principio de la revelación progresiva nos enseña que la verdad se revela gradualmente a medida que Dios trata con los hombres. Ese patrón puede rastrearse a lo largo de toda la Escritura. Cada dispensación ha revelado más de Dios, más de Su voluntad y Su carácter al hombre, más de Sus requisitos y más de Su verdad que Él quiere que creamos. Tenemos más luz en esta dispensación de la gracia de Dios que toda la que recibieron aquellos de épocas anteriores. Por lo tanto, ellos no eran responsables de creer más de lo que Dios les reveló, y cometemos un error cuando tratamos de definir el contenido de su fe según lo que se nos ha dado a conocer en nuestros días. Pero, de nuevo, para enfatizarlo, el hombre es responsable de toda la luz que Dios le ha dado en ese momento determinado. Y el hombre será juzgado por un Dios justo sobre esa base, con la pregunta: «¿Qué han hecho con esa verdad y cómo han respondido a ella?».

Los Propósitos de los Sacrificios

Pero queda la pregunta sobre la función de los sacrificios que fueron ordenados por Dios y que se ofrecían sobre los altares. Vemos que el principio de ofrecer sacrificios de animales precedió a la ley de Moisés, ya que Caín y Abel ofrecieron sacrificios (Gén. 4:3-4, Heb. 11:4), así como Job en Job 1:5 y sus amigos en 42:8. Noé ofreció un holocausto después

del diluvio (Génesis 8:20) y la vida de Abram se caracterizó por levantar su tienda y construir un altar para ofrecer sacrificios al Señor. Si la justificación era por creer en Dios, ¿por qué entonces los sacrificios, especialmente los por el pecado?

Podemos decir que los sacrificios tenían al menos dos propósitos. Uno era que proporcionaban un medio para expresar la adoración del creyente a Dios y demostraban su acuerdo con Él. Al hacerlo, aquellos que creían en Dios reconocían la grandeza de Dios y el hecho de que Él merecía recibir de ellos una muestra de todo lo que Él les había dado. Los sacrificios eran la respuesta y la expresión de los corazones creyentes hacia Dios (si se ofrecían sobre esa base y eran entregados por almas creyentes. Sabemos que otros también ofrecían sacrificios como ritual, tal como lo hizo Balaam en Núm. 23:4).

Otro propósito era demostrar que estaban de acuerdo con Dios en que su pecado merecía la muerte según el juicio divino, por lo que ofrecían un sacrificio sustitutivo para que muriera en su lugar. Sobre la base de ese acto de fe en la promesa de Dios, podían alejarse del altar donde se ofrecía la ofrenda por el pecado con la seguridad de que su pecado había sido perdonado (Lev. 4:31, 35). Desde el punto de vista del hombre, se cumplieron los requisitos de Dios, y Su promesa dio la seguridad del perdón. Sin embargo, desde el punto de vista de Dios, Él vio ese sacrificio como una anticipación del único sacrificio en el Calvario que justificaba Su «pasar por alto» esos pecados antes de la cruz sin juzgar al ofensor. Observe Romanos 3:25-26: «a quien Dios presentó como propiciatorio, mediante la fe en su sangre, para manifestar su justicia, por haber pasado por alto los pecados cometidos anteriormente, en la paciencia de Dios; para manifestar su justicia en el tiempo presente, a fin de que él sea justo y justifique al que tiene la fe de Jesús» (trad. de J. N. Darby). De nuevo, leemos en Hebreos 9:15: «Y por esta razón él es mediador de un nuevo pacto, para que, habiendo tenido lugar la muerte para la redención de las transgresiones bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna». (Traducción de J. N. Darby). Es el sacrificio de Cristo el que contrarresta la afirmación de algunos de que Dios no fue justo al pasar por alto los pecados cometidos antes de la cruz. Esto se debe a que muestra que los sacrificios bajo la ley fueron provistos como Su medio por el cual los pecados bajo la ley podían ser tratados con justicia y permitir a Su pueblo continuar en comunión con Él. Esos sacrificios no fueron instituidos para proporcionar la salvación; fueron dados a aquellos que ya habían sido declarados justos o redimidos (como Israel) y llevados a una relación de pacto con el Señor; hablan de lo que es nuestra experiencia desde la cruz, en el sentido de que los creyentes de hoy reciben la seguridad del perdón (1 Jn.

1:7) a través de la confesión de los pecados, lo cual, nuevamente, es el hombre creyendo en Dios.

Hebreos 9:22 nos dice que «sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados», pero 10:4 parece contradecir esa afirmación al decir: «...no es posible que la sangre de toros y cabras quite los pecados». El derramamiento de la sangre de un animal era necesario para cumplir con las condiciones de la ley y antes de la cruz, pero no podía quitar los pecados por completo, ya que era una obra que solo anticipaba la cruz de Cristo y la muerte sufrida de un Salvador inocente. La vida de un animal no era un equivalente justo de la vida del hombre, y la declaración original de Dios en Génesis 2:17 fue que cuando el hombre pecara por desobediencia, sin duda moriría. «La paga del pecado es muerte» (Romanos 6:23), por lo que se requería la muerte de un Hombre inocente y perfecto para responder justamente a las exigencias del juicio de Dios contra el pecador. Los sacrificios de animales en los altares judíos eran la provisión de gracia de Dios para su pecado, ya que Él sabía que no podían cumplir la ley a la perfección. De esta manera, ese sistema anticipaba la gracia de Dios que le da al creyente actual en Jesús una posición perfecta ante un Dios santo y una conciencia limpia de todo sentimiento de culpa.

Resumen

El principio de Dios para justificar a los hombres, ya sean aquellos que no son culpables de un pecado en particular, como Abram (Rom. 4:3), o aquellos que lo eran, como David (Rom. 4:6), es el mismo que hoy en día. Se basa en creer en Dios en todo lo que Él nos ha revelado. La evidencia de creer en Dios es la obediencia que responde a Su autoridad absoluta y depende de Su poder y propósito infinitos. Esos creyentes del Antiguo Testamento disfrutaban del perdón al hacer uso de la provisión de ofrecer sacrificios porque Dios los había instituido. Y la justicia de Dios podía ser inquebrantable porque Él estaba anticipando la cruz y el sufrimiento de ese Cordero de Dios santo e inmaculado que quitaría el pecado de manera perfecta y definitiva (Jn. 1:29).

Como resultado, estamos unidos a esos creyentes del Antiguo Testamento, aquellos que vivieron y murieron en la fe (Heb. 11:13, 39-40), creyendo en el mismo Dios y descansando en Su Palabra inmutable, aunque vivamos en una dispensación diferente con una verdad mayor que Dios nos ha revelado.

Compromiso Tiene un Alto Precio

A. W.. Tozer

El cristianismo actual está tan enredado con este mundo que millones de personas ni siquiera se dan cuenta de lo radicalmente que se han alejado del modelo del Nuevo Testamento. El compromiso está por todas partes, pero en realidad no es posible una unión verdadera entre el mundo y la Iglesia. Cuando la Iglesia se une al mundo, deja de ser la verdadera Iglesia para convertirse en un lamentable híbrido, un objeto de desprecio sonriente para el mundo y una abominación para el Señor. Nada podría ser más claro que las declaraciones de las Escrituras sobre la relación del cristiano con el mundo. La confusión que se genera en torno a este asunto es consecuencia de la falta de voluntad de los cristianos profesos para tomarse en serio la Palabra del Señor. Todo esto es, en esencia, espiritual. Un cristiano es lo que es no por manipulación eclesiástica, sino por el nuevo nacimiento. Es cristiano por el Espíritu que mora en él. ¡Solo lo que nace del Espíritu es espíritu, por muchos dignatarios eclesiásticos que se esfuerzan en ello!